

HECHICEROS CONTEMPORÁNEOS



En Le Sentier, en el valle de Joux, entre los pequeños caseríos que encantan la postal de este bello lugar que parece salido de un cuento, está la Manufactura de Jaeger-LeCoultre. Un espacio tan íntimo como misterioso, donde los artesanos se sumergen en su labor detenidos en el tiempo. Visitarla es una experiencia única, por momentos difícil de transmitir.

TEXTO Y FOTOS SERGIO ZAGIER CON LA COLABORACIÓN DE CLAUDIA HERRERA

El lago de Joux, casi tocando la frontera con Francia, está rodeado de pequeñas localidades, apenas caseríos. Uno de esos pueblos, junto a la desembocadura del lago, se destaca por ser sede de una de las marcas más tradicionales de la alta relojería. Jaeger-LeCoultre fusiona diseños clásicos que ya llevan varias décadas con innovaciones técnicas que resultan jalones de la evolución relojera, como lo han sido el Gyrotourbillon y las 55 complicaciones del Hybris Mechanica.

La sede de la compañía está compuesta por varios edificios de distintas épocas que se fueron agregando con el crecimiento de la Manufactura y que albergan alrededor de un millar

de personas. Hoy están unidos por una moderna estructura vidriada, la más notable del lugar. El acceso a la planta es muy restringido y requiere de una cita previa. Además, el ingreso al sector de producción impone a los visitantes el uso de guardapolvo blanco, credencial y, por supuesto, un acompañante.

Una vez allí, acreditados y uniformados, nos adentramos en el universo de Jaeger-LeCoultre acompañados por Eduardo Maclean, coordinador de entrenamiento de marketing, un argentino extrovertido y estimado por todos en la Manufactura. Eduardo nos acompañó durante el recorrido laberíntico por las distintas salas, dispuestas a ambos lados

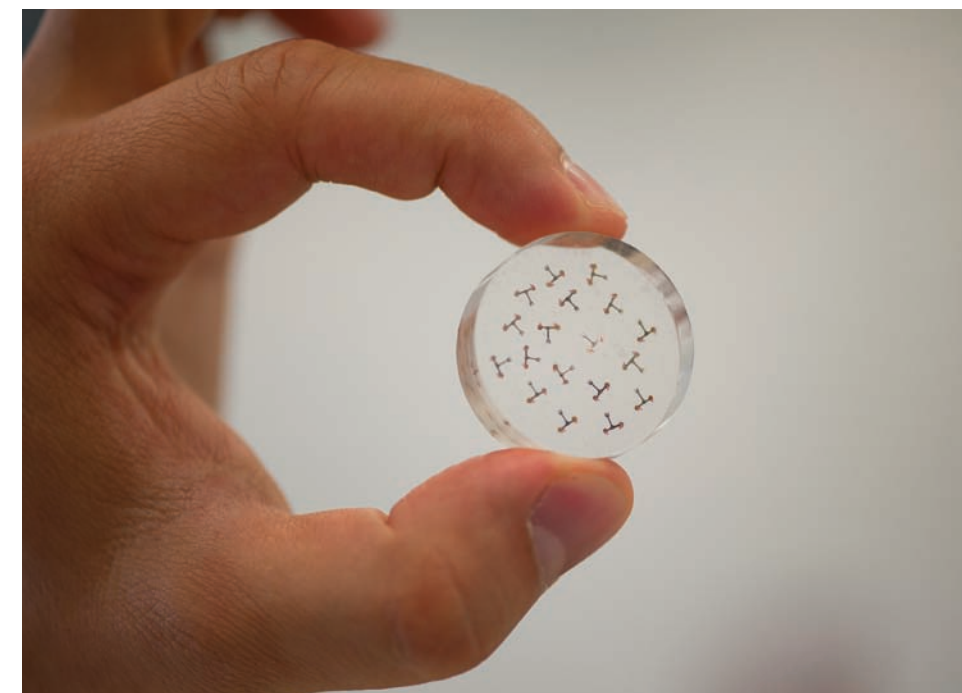
de los pasillos que atraviesan los diferentes pisos. Los ambientes están vidriados, por lo que se pueden apreciar los escritorios y bancos de trabajo, con sus técnicos o artesanos inclinados sobre microscopios o alguna máquina herramienta. Cada uno en lo suyo, agrupados por tipo de tarea. En algunos salones puede haber dos docenas de técnicos alineados ante las mesas, pero en otros sectores los especialistas son muchos menos, dedicados a las grandes piezas que requieren su concentración extrema. Como ejemplo, el montaje de un espiral en un volante Gyrotourbillon lleva todo un día. Algunas complicaciones demoran seis meses en montarse.

A través del vidrio

Los talleres de fabricación, ensamblaje, grandes complicaciones (las piezas maestras de las colecciones), grabado, esmaltado, diseño, control, etc. operan en un ambiente de trabajo muy prolijo, silencioso y organizado pero a la vez cordial. En ningún caso los relojeros pusieron objeciones al pedido de fotografiarlos, o de consultarlos acerca de su tarea o de las piezas superlativas que estaban manipulando.

Ante la pregunta de cómo se procede con un reloj que requiere reparación, nos sorprenden con lo siguiente: “Una pieza de las colecciones más básicas puede ser atendida en un centro de reparaciones regional, para evitar el traslado a Suiza. No obstante, si la situación lo justifica, el reloj vuelve a los ateliers de ensamblado, donde su atención se intercala con la producción de piezas nuevas”. ¿Y en cuanto a las grandes complicaciones?: “En ese caso, únicamente se reparan aquí en Le Sentier. Más aún, si el relojero responsable de su armado original sigue formando parte del plantel de Jaeger-LeCoultre, únicamente es él quien atenderá ese reloj, no importa cuántos años hayan pasado desde su venta”.

Todos sabemos que las piezas de un reloj de pulsera son muy pequeñas, pero no todos estamos al tanto del tratamiento individual que cada minúscula rueda, resorte o tornillo es capaz de demandar para calificar como apto para relojes como estos. Tornillos que no son más grandes que un grano de azúcar pero cuya ranura es tallada con un ángulo preciso. Áncoras de unos tres milímetros que deben terminar de pulirse a mano antes de la inserción de sus extremos de rubí, los cuales siguen fijándose a la antigua, con goma



laca. Puentes decorados individualmente por un grabador, aun en lugares que el afortunado poseedor del reloj nunca verá. Son algunos de los detalles que, complementados con los intrincados diseños de los calibres, hacen que uno deba sacarse el sombrero ante la relojería artesanal. En este sentido, Jaeger-LeCoultre se enorgullece al afirmar que es prácticamente la única gran Manufactura que produce virtualmente todas las partes de sus calibres.



Maestros artesanos

Tuvimos el placer de conversar con Christian Laurent, responsable del atelier de especialidades relojeras y con 40 años de antigüedad en el taller. Orgulloso y entusiasmado, habló acerca de la nueva evolución del Tourbillon que lanzó Jaeger-LeCoultre, el Sphérotourbillon, un regulador que se mueve como un trompo y, a diferencia del Gyrotourbillon, permite el diseño de relojes más chatos y livianos. “Nuestro desafío era disminuir la altura de los relojes regulados por el Gyrotourbillon 2. Con este nuevo concepto, un volante procediendo como un trompo, compensamos los efectos de la gravedad en la precisión de la marcha, con menor altura de la máquina.” Con esta innovación se logró un calibre altamente preciso en una caja más chata.

Christian y Eduardo enfocan diversos calibres con un proyector de gran aumento conectado a una pantalla ancha. “El Duomètre es una pieza maestra, con sus dos fuentes de energía que se cargan alternativamente con la misma corona”, explica Eduardo. “Sin embargo, la solución a la acústica de las sonerías es brillante”, agrega Christian mientras hace sonar una gran complicación como es la Grande Sonnerie y explica cómo se debió fusionar el metal con el cristal del reloj para que el sonido no se apagase dentro de la caja, una pesadilla clásica de los diseñadores.

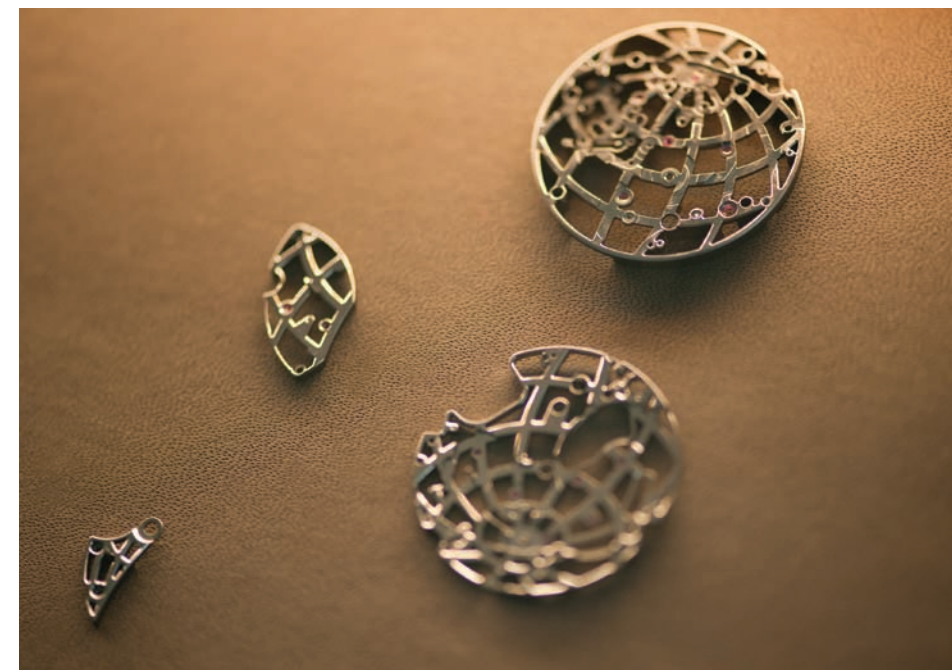
También visitamos el pequeño atelier de esmaltado, ubicado por poco tiempo más en una casa adjunta a la Manufactura, a la que se llega a lo largo de la calle, saliendo del edificio principal. A diferencia de la planta de producción, éste es un lugar más íntimo, de dos o tres ambientes reducidos, parecido a un tallercito de composturas. Es notable que en un lugar tan sencillo se conciban y realicen verdaderas obras de arte en miniatura.

“La sede de la compañía está compuesta por varios edificios de distintas épocas que se fueron agregando con el crecimiento de la Manufactura.”



Allí conocimos a su director, Miklos Merczel, y a algunos aprendices de unos 16 años que estaban siendo instruidos en un arte casi perdido y recuperado por unas muy pocas casas relojeras. Las pequeñas plaquetas se pintan bajo el microscopio y luego pasan a un diminuto horno de 800 grados donde el destino dirá si se logró una pieza memorable o el material colapsó, así de artesanal es el proceso.

Sobre una bandejita, descansaban algunas de las placas terminadas: imágenes del Art Nouveau creadas por Alphonse Mucha, además de otras reproducciones de pinturas conocidas o no tanto. El proceso continúa luego en los talleres de ensamblaje donde cada pintura está asignada a su correspondiente reloj, ya sea como esfera o en el reverso de la caja.



Instantes de colección

La sala de trabajo correspondiente a los Atmos –esos relojes que transmiten una sensación de parsimonia y eternidad, siempre en un lugar estable, con un péndulo giratorio de baja frecuencia y una sobriedad en su diseño casi única– impacta. Sobre las mismas repisas hay piezas de los años 30 en reparación, docenas de unidades en control final, modelos nuevos o solo vistos en fotos. Por último, para graficar el trabajo de la cápsula, el fuelle metálico y los mecanismos que hacen de este reloj un verdadero mecanismo perpetuo, sobre una mesa, Eduardo nos preparó un ejemplar desarmado y una cubeta con hielo. Sumergió el fuelle –compuesto por una aleación desarrollada especialmente por la Manufactura– en el agua helada para hacer bien notable el cambio de volumen provocado por la variación de temperatura. En condiciones normales de funcionamiento, cambios infinitesimales en la temperatura del ambiente cargan la cuerda del Atmos permitiendo una reserva de marcha virtualmente inagotable.

Hay en la Manufactura un pequeño museo, en una de cuyas paredes un largo panel detalla las 3331 operaciones que son necesarias para montar el calibre 382, el novedoso Duomètre à Sphérotourbillon que Jaeger-LeCoultre introdujo hace poco tiempo. Esta máquina, sumada a los varios nuevos modelos que la marca lanza periódicamente, no deja perder el aura que acompaña a un Jaeger-LeCoultre y que permite identificarlo quizá antes de ver su clásico logotipo en la esfera. La imagen que nos dejó la visita a la “Grande Maison” es la de una innovación técnica brillante, excelencia en la fabricación y ensamblaje, y un perfil bajo en el diseño, pensado más para el conocedor que para el comprador impulsivo. ♦